

*Ángeles
de Irisarri
Las damas
del Fin del
Mundo*



LAS DAMAS DEL FIN DEL MUNDO ÁNGELES DE IRISARRI

Doña Uzea, señora de Finisterre o del Fin del Mundo, como la llamaban en la tierra de Galicia, y aun en Astorga, León y Carrión, andaba trastornada. Llevaba el día en un llanto, en un hipo, en un quejido. Tras vagar por la torre del faro y por el castillo todo, tras negarse a hablar con los hombres y mujeres que fueron suyos pues los había comprado como esclavos, aunque los manumitiera la pasa-

da Navidad para que hoy la abandonaran, subió a la torre alta, a la de la mar de dentro, para ver cómo la dejaban sus gentes, sus criadas y sus hombres de confianza: el caballero, el leñador, el porquero, sus doncellas, la cocinera... todos. Para ver cómo se alejaba la comitiva camino de Corcubión, del interior, a galope, y sin volver la vista atrás.

Diríase que aquella gente huía. Y sí, huía aterrorizada de un pequeño sol o luna que, después de revolotear lo indecible, de hacer piruetas y cabriolas durante un largo y terrorífico mes de octubre, se había quedado fijo en el cielo del cabo de Finisterre, encima del castillo, en vertical. Fijo, sin precipitarse desde la altura, sin cansarse, sin bajar a tomar tierra, sin ser un ave ni una piedra —pues que se hubiera caído al suelo—, y brillando, brillando siempre, ya fuera día, ya fuera noche oscura, siendo cosa del diablo, tal vez, o cuando menos de otro mundo.

Y naturalmente que toda la servidumbre de la dama del Fin del Mundo escapaba. Se ausentaba a la carrera, se alejaba de aquel ser o cosa resplandeciente, pues bastante dura era la vida en aquellas tierras despobladas, sujetas al azote del frío, del viento y de la mar, como para vivir bajo el influjo de un monstruo o bicho maldito que producía a la población adulta vómitos y calenturas, y a los niños mal de aire. En vano habían intentado convencer a la señora de que se fuera con ellos a las heredades de Dumbria o de Buxantes o incluso a la casa de Lugo, en vano, pese a que adujeron muy buenas razones.

Argumentaron que ya había sido necedad que doña Uzea dejara la Corte durante el reinado de su padre, el rey Bermudo, el segundo, y que cambiara las pompas y va-

nidades del mundo por la tierra yerma de Finisterre, porque morar en aquellos lugares era como vivir fuera del siglo. Se había ido doña Uzea, tan niña ella, cuando el señor rey entregó a doña Teresa, su otra hija, al *hachib* de Córdoba como esposa, que era lo mismo que como concubina, porque tenía muchas.

Los esclavos liberados en la pasada Navidad aducían que eran hombres libres, y fieles de lo más, pues que llevaban muchos años de soledades, cada uno con la suya, más la de los demás, sin ver otra cosa que el mar calmo o embravecido, sufriendo el empuje del viento, sin poder sacar fruto a la tierra y, lo peor, viendo todos los días las mismas caras, viéndose a diario unos a otros; y que, pese a todo, la habían servido a satisfacción, ellos, los doce esclavos que doña Uzea comprara en el mercado de Compostela. Añadían que la señora era corajuda de natural, en demasía, pues no era frecuente dejar una Corte y un palacio por el solo hecho de que doña Teresa fuera obligada a maridar con Almanzor, tan contra su voluntad que exclamara ante la Curia reunida: «Mejor los hombres solucionaran sus problemas hablando y callando a tiempo y no entregando al enemigo los coños de sus mujeres», avergonzando a todos. Porque una mujer, máxime una hija de rey, no podía disponer de su vida, sino servir a su padre, que era o debía ser como servir al reino, sin protestar, ni menos tomar el montante y partir hacia el Fin del Mundo para estar más cerca de Dios cuando asonaran las trompetas del Apocalipsis, que no sonaron, a Dios gracias. Y que ellos no estaban por continuar así, a causa de aquel sol o luna refulgente que los hacía vomitar y padecer fiebre alta, quizá de miedo, quizá. Y repetían que se fuera con ellos.

Pero no, doña Uzea no quiso marchar. Se quedó en el castillo de Finisterre por varios motivos. Por el asunto de la entrega de su hermana, que la decidió a morir allí, y por no dejar abandonado el faro, pues que siempre había tenido farero desde que lo construyeran los romanos mil años atrás, y por sus hijos porque ¿qué sería de sus hijos si decidían volver a casa y la encontraban vacía? ¡Ah, no, que se fueran ellos, que se fueran malditos del demonio, pues que así le pagaban el precio de la libertad...!

Conforme la comitiva se perdía en la lontananza, los ojos de doña Uzea se llenaban de lágrimas. Estaba abandonada de todos en el Fin del Mundo. A ratos lloraba con desesperación, a ratos gritaba. Chillaba porque había tenido mala suerte naciendo hija de reyes, de don Bermudo y doña Velasquita. Él un necio, putaño, gotoso y jurador. Ella una simple, una mujer de cabeza hueca que sólo pensaba en engalanarse para nadie, pues su marido la engañaba con mil mujeres del común a muchos y mil damas de la Corte; una mujer que no llegó a aprender las primeras letras del abecedario.

Hasta se lamentaba Uzea de no haber nacido hija de labradores y trabajar la tierra y faenar en una casa humilde y tener hermanas que se casaran, como ella, con un campesino, para sólo estar pendiente de las aguas del cielo, y tener muchos hijos, muchos, que la socorrieran en la vejez, edad en la que estaba a punto de entrar, pues que para San Pedro había cumplido cuarenta años... ¡Ah, qué vida ésta!, se dolía la señora... ¡Sus hijos...! ¡No, hoy no podía pensar en sus hijos...! Hoy sólo podía mirar al mar inmenso que serenaba su ánimo...

Pero doña Uzea no miró al mar, miró al cielo. El pequeño sol continuaba en su lugar, no tan alto como una estrella, más bajo incluso que la luna, pero muy alto pues no habían podido alcanzarlo con lanzas ni flechas, y eso que lo habían intentado.

La señora comenzó a recorrer la torre de parte a parte, a grandes pasos. Agotada, se sentó en el suelo, apoyó la espalda en la almena, reparó en una piedrecilla y jugueteó con ella. Se la pasó de una mano a otra con parsimonia hasta que se levantó, y, airada, observó la causa de sus desdichas, de su soledad, fija en el firmamento. Alzó la mano y arrojó la piedra con toda su fuerza contra el objeto volador, exclamando: ¡Maldito...! Al instante, oyó un gran estruendo y miró en derredor, miró abajo, miró arriba... El pequeño sol o luna giró sobre sí mismo, cayó en vertical hacia la tierra y fue a dar en el patio del castillo, entre las cuatro torres, con un estrépito estremecedor. Doña Uzea quedóse aterrada, paralizada. Grandes lagrimones surcaron sus mejillas...

Doña Andregoto de don Galán, la señora de toda la tierra que se veía en derredor y mucha más, apoyada en su bastón, daba vueltas y vueltas al castillo de Nájera y a las casas de la población. Se detenía, hacía visera con las manos y alzaba los ojos al cielo en busca del objeto brillante que había sobrevolado el lugar, como si de un ave de Dios se tratara.

Las camareras que la acompañaban también levantaban la vista y, contemplando la magnitud del firmamento libre de seres u objetos extraños, respiraban aliviadas. Al fin se había ausentado aquel pequeño sol o pequeña luna camino del septentrión. Cierta, comentaban entre ellas, que la señora había enloquecido aún más desde su desaparición. Ya no se trataba solamente del alunamiento natural que le producía su mucha edad —se decía que doña Andregoto superaba la centena con creces—, sino de que la señora había vuelto a hablar, cosa que no hiciera en treinta años, o más. Primero había empezado a emitir sonidos guturales, luego a balbucear palabras inconexas, luego frases enteras, y ya, a mandar, a ordenar y a gobernar como en sus mejores tiempos. Y convenían en que algo muy grande estaba sucediendo, pues que doña Andregoto había decidido callar para siempre cuando recibió la noticia del fallecimiento de su prima Elvira, la primera abadesa del monasterio de San Salvador de León —y casi reina de aquel reino, pues fue regente durante la minoría de edad de Ramiro III, el hijo de don Sancho el Gordo, que gloria haya—, y, sin embargo, ahora había mandado quemar el tablero con el abecedario. El que ordenara pintar en aquel entonces y mediante el cual se comunicaba con ellas, utilizando al principio su espada y después el bastón (cuando se avejentó más y más y no pudo sostener el hierro), y ellas hubieron de aprender las letras, y a algunas lo suyo les costó.

Guardó silencio la dama a despecho de sus camareras, que la querían bien, hasta que se perdió en el cielo el pequeño sol o luna o lo que fuere. En aquel instante se mostró convulsionada, abrió mucho los ojos, miró por do-

quiera, pronunció la palabra «madre» y algo más, que las dueñas, pese a que estaban muy atentas, no pudieron escuchar, y ordenó que unas la acompañaran a dar vueltas para desanquilosar las piernas, y que otras prepararan los baúles, pues habían de partir en busca del pequeño sol o luna...

¿Qué antojo era aquél?, se preguntaron las damas. ¿Qué capricho era aquel de salir en pos de un alma en pena, de una estrella, de una luna, si nunca la podrían alcanzar?, se demandaron el capitán, los soldados, los criados y los siervos. ¿Adónde iban con una añosa mujer, templada y valerosa, sí, curtida en mil batallas, sí, pero ya achacosa y a las puertas de la muerte? A las puertas de la muerte no, pues ¿no había superado con bien los ahogos que la aquejaron para San Juan? ¿Acaso no estaba con mejor salud, como una rosa de primavera, desde que apareció el extraño astro en el firmamento y, además de hablar, caminaba rauda, como si fuera mozuela, y levantaba el bastón al cielo como si quisiera llamar la atención del objeto volador? ¿Acaso no aseguraban las damas de compañía que la señora, mirando inquieta el astro o cosa brillante, pues daba vueltas y contravuelatas, había pronunciado la palabra «madre» y alzado los brazos y hecho gestos y gritado como si en el pequeño sol estuviera su progenitora? Pues decían los viejos de la población que doña Andregoto no había nacido de parto natural, sino que se había caído de una ciudad que el viento arrancó de sus cimientos en la lejana Germania, yendo a dar a las puertas del castillo de Nájera donde la recogió doña Mayor, su madre putativa, esposa de don Galán, el teniente del rey Sancho Garcés I. ¿No se decía eso y muchas más cosas de la señora?, comentaban

los habitantes del castillo. Además, ¿no se había portado siempre bien con ellos, defendiéndolos de las acometidas de los moros? Pues por supuesto que la apoyarían en su aventura o locura, que la ayudarían a encontrar el pequeño sol o luna o piedra rutilante o rayo sin destino. Por supuesto que la acompañarían a las puertas del infierno, si preciso fuere. A fin de cuentas, ¿no lo quería así la señora, no lo había expresado clara y llanamente?

Si Mínimo hubiera sido capaz de recordar los hechos acontecidos, hubiera dicho que fue Aragonto, el perro, y no la tormenta quien lo liberó de las ligaduras que lo ataban al observatorio astronómico de fray Aimerico, allí, en el lejano monasterio de San Juan de la Peña, y quien lo devolvió al mundo para que hiciera el camino del Finisterre. Pero no pudo decir nada, pues todo lo que le ocurría lo olvidaba enseguida. Era un hombre que carecía de memoria, y sólo tenía una idea fija: encontrar su pasado. Porque no sabía de qué padre, ni de qué madre, ni de qué país procedía, ni qué había hecho en el día de ayer, ni en el instante anterior. No sabía nada, salvo su nombre: Mínimo, que no le decía nada ni le evocaba recuerdo alguno. Sin embargo, por algún favor o gracia que un ser extraordinario le concedía sin entender por qué, conocía el futuro. Y no ignoraba que en el cabo de Finisterre, en el castillo-faro, existía una lápida grabada con su nombre: «AQUÍ YACE MÍNIMO», y

que bajo ella había un cadáver, el suyo propio. Eso era lo que sabía. De su pasado nada, excepto su nombre, y todo de su futuro, pues, pese a que caminaba hacia atrás, es decir, de espaldas, veía el camino y lo que había más allá del sendero, y veía, como si tuviera ojos en el occipucio, la ciudad de Pamplona, la de Burgos, la de León y, en lontananza, el castillo-faro de Finisterre, y a dos damas, una casi anciana, otra ancianísima, gobernando sus heredades, bastante alocadas ellas. Y a otra dama, ésta de cuerpo transparente pues dejaba pasar la luz como si fuera sólo una silueta y no un cuerpo con entidad, y, desde luego, como de otro mundo, encerrada en un calabozo de un palacio de cristal hecho añicos, un palacio que refulgía a la luz del sol y de la luna; la tal dama, además, estaba servida por un enano de dos cabezas, ¿o no?, no, de dos cabezas no, de dos caras, que iba y volvía del patio de armas —a la sazón lleno de cristales rotos— a la torre del faro, comunicando a las dos damas de cuerpo entero con la transparente, haciendo de mensajero de aquellas tres alunadas, pues la señora de la mazmorra no estaba menos demenciada que las otras dos —la anciana y la muy anciana—, a juzgar por las cosas que se decían. Que si una era hija de rey y se había retirado a aquellos parajes desolados; que si la otra era hija de madre desconocida y que mientras fue joven y montó a caballo, ya fuera alazán o rocín, levantó los vientos en su derredor causando terror a los moros de las riberas del Ebro; que si la otra era un hada castigada por una compañera más poderosa que ella a vivir siempre cautiva y a surcar el cielo en su palacio de cristal, en una correría que duraba ya más de cien años... hasta que... Ah, Mínimo no llegaba a saber hasta qué ni hasta cuándo, al menos por el momento, y eso

que se estrujaba el seso. Al menos aquella noche en que esquivaba la ciudad de Burgos en su viaje al Finisterre, no era capaz de dilucidar nada más, e iba ni contento, ni feliz, ni curioso; eso sí, apresurado y alumbrándose con una antorcha.

Si hubiera tenido un atisbo de memoria reciente, el andariego sabría que había permanecido voluntariamente varios meses en el monasterio de San Juan de la Peña, en el condado de Aragón, al cuidado de fray Aimerico, el enfermero del cenobio, que lo ataba, para que no se escapara, al observatorio astronómico que tenía levantado en lo alto de un pino, pues, como se sabe, perdía la memoria a toda hora. Y que, si se hubiera quedado un poco más de tiempo, tal vez hubiera llegado a descubrir su identidad, pues merced al interés que le mostraron en todo momento Aimerico y sus amigos los estrelleros, él, Mínimo, llegó a recordar que había atravesado el pont del Gard, entre Nimes y Aviñón, en el condado de Provenza. Y que fray Aimerico creyó salvarle de una muerte certera cuando lo vio pasar bajo su observatorio, donde esperaba la llegada de un corneta todas las noches del año, con un hachón encendido en la mano, caminando de espaldas, derecho al quebrado, derecho al precipicio, derecho al cielo o al infierno, pues que había mucha altura, aunque no se hubiera caído porque veía como el Cancerbero. Y que Aimerico bajó con premura de su atalaya astronómica y lo sostuvo con fuerza y, luego, queriéndole ayudar, llamó a sus amigos, los frailes estrelleros: Walafredo de Reichenau, Grimaldo de Cardeña, Benito de Bobbio y a Oliva de Ripoll, que, aunque no fue convocado expresamente, se presentó por otro. Y que Aimerico se tragó, como pudo, el espanto que le produjo la

contemplación y lo que le contó el caminante, y que, ante tanto portento e inverosimilitud, llamó a sus amigos, que fueron a cooperar de buena gana, y todo sin que se enterara el abad de San Juan. Y que los estrelleros también se curaron, como pudieron, del miedo que les producía Mínimo y, por hacerle favor, platicaron con él hasta la saciedad, y, sabios como eran, ante la imposibilidad real de conocer el pasado de Mínimo, le inventaron otro espléndido que tal vez le hubiera servido. Y que todo hubiera ido bien, incluso, quizás hubieran conseguido devolverle la memoria con el tiempo, a no ser porque se presentó una tormenta de antología y los frailes no pudieron subir aquella noche del monasterio al llano del observatorio, pues la trocha estaba anegada y caía un granizo del tamaño de los huevos de gallina, y fue Aragonto, el enorme perro de fray Aimerico, quien le soltó las ligaduras para que se salvara cuando ya se desbordaban las fuentes. Y que, cuando él, Mínimo, se vio libre, desmemoriado como era, se echó al camino y la horrible tronada borró sus huellas y, aunque los frailes lo buscaron por todas partes, no lo pudieron encontrar.

Olaf Haraldsen, segundo hijo de Harald Diente Azul, rey de los daneses, dejaba la ciudad de Constantinopla. Su nave, la *Walkiria*, surcaba velozmente el Cuerno de Oro con destino al estrecho del Bósforo y al mar de Mármara. El hombre no veía a un lado Asia ni al otro lado Europa, que hubiera sido lo lógico, no. Miraba torvamente a su tripulación, tan malamente como su marinería lo observaba

a él. Y es que Olaf Haraldsen no se hablaba con sus hombres de cuatro meses acá, y eso que llevaban cuarenta años juntos, rapiñando aquí, robando allí, abordando y saqueando barcos mercantes desde el mar Báltico al mar Negro, y causando mucho estrago por todo el Mediterráneo, siempre juntos como una piña. Pero ya no se hablaban, porque Olaf Haraldsen estaba enajenado.

A ver, ¿qué hacía un príncipe danés, que había sido recibido por el emperador Basilio, un marino arrojado, un pirata donde no haya otro, holgando diez años seguidos en Constantinopla, corriendo detrás de putas y de damas de la Corte Imperial, derrochando una fortuna valientemente ganada en la mar, sin volver a su país ni cuando supo que su padre había sido destronado por su hijo mayor, Sven, el de la Barba de Horquilla, que no pudo esperar a la muerte del padre para acceder al trono? ¿Qué hacía aquel hombre de prendas haraganeando en la capital bizantina, comprando y encorriendo a mil mujeres para que una, al menos una, le diera un hijo y poder volver a Dinamarca, y ya librar sangrienta batalla y derrocar al usurpador, a Sven, Barba de Horquilla, el parricida-regicida, matarlo sin contemplación alguna, y titularse rey legítimo, puesto que su hermano no lo era ni lo sería mientras él viviere? ¿Es que no podía regresar sin un hijo? ¿Es que no había mujeres danesas, suecas o noruegas que podían darle uno y ciento? ¿O era que Olaf recibía castigo del Dios de los cristianos por no haberse convertido a la nueva religión de buena gana, y el nuevo Dios le impedía fecundar a una mujer? Claro que también pudiera ser la edad, pues Olaf rondaba los sesenta años...

Pues que, además, ¡vaya viaje que habían de hacer! Recalando en todas partes: en Éfeso, Rodas, Alejandría, Cirene, Trípoli, Cartago, Roma, Cartagena, Lisboa, Finisterre, Burdeos, Bayeux y Dover, hasta llegar a Jelling, su punto de destino. Para tener noticia de si doña Teodora de Éfeso, doña Justina de Rodas, doña Fátima de Alejandría, doña Alina de Cirene, doña Habba de Trípoli, doña Zulema de Cartago, doña Juana de Roma, doña Nadia de Cartagena, doña Lala de Lisboa, doña Uzea de Finisterre, doña Adelaida de Burdeos, doña Matilde de Bayeux y doña Erika de Dover, hubieran tenido un hijo suyo, para llevarlo con él. Porque tales eran los nombres de las grandes damas que Olaf había comprado con regalos o había violado sin compasión al encontrarlas solas en sus castillos. Ésos eran. Y se leían perfectamente escritos en la amura de babor...

Y ése era el viaje de regreso a casa que los bravos marinos de la *Walkiria* habían de realizar, sin piratear, sin robar ni rapiñar por muy a tiro que tuvieran la presa, por muy extraordinaria que se presentara la oportunidad, por muy calma que la mar estuviera. Y eso que andaban justos de dinero; que besantes y dinares tenían pocos por lo que habían malgastado en Constantinopla y por lo mucho que habían invertido en avituallar la nave. Tal les había ordenado por escrito Olaf Haraldsen, príncipe de Dinamarca, su capitán, que durante su estadía en Bizancio les había tapado la boca dejándoles hacer alguna correría, nada fructífera por otra parte, por el mar Negro.

Y es que un mal día, los tripulantes de la *Walkiria* dijeron a su patrón lo que tenían que decirle, lo que cualquier hombre le hubiera dicho, de la misma forma que lo

hubiera dicho un hombre de mar, sin rodeos, sin dar vueltas a las palabras, tal como les venían a los labios, y lo que dijeron, lo expresaron mal, como sucede cuando se dicen así las cosas. Le dijeron demasiado, y Olaf se dolió. Se dolió tanto que se hizo ya el mudo y a partir de entonces se comunicó con ellos por escrito, a través de papeles, a sabiendas de que ninguno de los navegantes sabía leer. Por eso tuvieron que comprar un esclavo del país, pues aunque el maestre intentó aprender la enrevesada lengua griega, no lo consiguió, y eso que fue alumno de la misma academia que Olaf, la más prestigiosa de Constantinopla. Olaf sí lo consiguió e incluso llegó a dominarla y a leer libros.

Aquel mal día, producto de una noche de vino, le dijeron estéril y maricón, gritando: «¡Maricón!», pese a que todos los hombres de la *Walkiria* sabían que era falso, puesto que a ninguno de ellos les había hecho proposiciones contra natura en las soledades de la mar, y bien que oían gritar a damas o a esclavas cuando se ayuntaban con él en las habitaciones del palacio que habían alquilado en la capital de Bizancio a un mercader, por una suma desorbitada.

Ante aquellas palabras, Olaf Haraldsen demudó la color, se levantó airado del sillón, abandonó la mesa y se retiró a su aposento, mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla. Un largo mes permaneció en su habitación, un largo mes, en el que despreció la comida, que los suyos, los deslenguados, le dejaban a la puerta; sólo bebiendo de la jarra de vino y arrojando sus aguas sucias por la ventana. Yendo de la ventana al lecho, y viceversa, sin responder a las súplicas de sus compañeros que le pedían perdón por